

Mario Bellatin

SALÓN DE BELLEZA



Lectulandia

Una peste extraña fulmina paulatinamente a los habitantes de una gran ciudad. Rechazados por sus semejantes, algunos enfermos no tienen siquiera un lugar donde terminar sus días. Un peluquero, que hasta entonces ha regentado con grandes esfuerzos un célebre salón de belleza, decide dar refugio a los moribundos. Aficionado a los peces exóticos que en sus acuarios decoran el salón, el peluquero acaba convirtiendo su salón en un moridero medieval. ¿Qué mal diezma a los huéspedes del improvisado enfermero, carente al parecer de motivos filantrópicos? Con el tiempo ya sólo los peces multicolores serán testigos indiferentes de su dedicación, cercana a la santidad verdadera, sin paliativos naturales ni consuelos piadosos. Mientras le acecha la soledad, el protagonista ofrece un definitivo canto a la vida. Sin conmiseración, sin moraleja.

Lectulandia

Mario Bellatin

Salón de belleza

ePub r1.0

N13 14.08.15

Título original: Salón de belleza
Mario Bellatin, 1992
Retoque de portada: N13

Editor digital: N13
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Hace algunos años, mi interés por los acuarios me llevó a decorar mi salón de belleza con peces de distintos colores. Ahora que el salón se ha transformado en un Moridero, en el que van a terminar sus días quienes no tienen dónde hacerlo, me cuesta mucho trabajo ver cómo poco a poco los peces han ido desapareciendo. Tal vez sea que el agua corriente está llegando demasiado cargada de cloro o quizá que no tengo el tiempo suficiente para darles los cuidados que se merecen. Comencé criando Guppys Reales. Los de la tienda me aseguraron que se trataba de los peces más resistentes y por eso mismo los de más fácil crianza. En otras palabras eran los peces ideales para un principiante. Además, tenían la particularidad de reproducirse rápidamente. Se trata de peces vivíparos, que no necesitan tener un motor de oxígeno para que los huevos se mantengan sin que el agua tenga que cambiarse. La primera vez que puse en práctica mi afición no tuve demasiada suerte. Compré un acuario de medianas proporciones y metí dentro una hembra preñada, otra todavía virgen y un macho con una larga cola de colores. Al día siguiente el macho amaneció muerto. Estaba echado boca arriba en el fondo del acuario, entre las piedras blancas con las que recubrí la base. De inmediato busqué el guante de jebe con el que hacía el teñido de cabello a las clientas y saqué al pez muerto. En los días siguientes nada importante ocurrió. Simplemente traté de encontrar la medida correcta de comida para que los peces no sufrieran de empacho ni murieran de hambre. El control de la comida ayudaba además a mantener todo el tiempo el agua cristalina. Cuando la hembra preñada parió se desató una persecución implacable. La otra hembra quería comerse a las crías. Sin embargo, los recién nacidos tenían unos poderosos y rápidos reflejos que momentáneamente los salvaban de la muerte. De los ocho que nacieron, sólo tres quedaron vivos. Sin ninguna razón visible, la madre murió a los pocos días. Esa muerte fue muy curiosa. Desde que parió se quedó estática en el fondo del acuario sin que la hinchazón de su vientre disminuyera en ningún momento. Nuevamente tuve que ponerme el guante de jebe que usaba para los tintes. De ese modo saqué a la madre muerta para arrojarla por el wáter que hay detrás del galpón donde duermo. Mis compañeros de trabajo no estaban de acuerdo con mi afición por los peces. Decían que traían mala suerte. No les hice el menor caso y fui adquiriendo nuevos acuarios, así como los implementos que hacían falta para tener todo en regla. Conseguí pequeños motores para el oxígeno, que simulaban cofres de tesoro olvidados en el fondo del mar. También hallé motorcitos en forma de hombres rana de cuyos tanques salían en forma constante las burbujas. Cuando al fin conseguí cierta dominio con otros Guppys Reales que fui comprando, me aventuré con peces de crianza más difícil. Me llamaban mucho la atención las Carpas Doradas. En la misma tienda me enteré de que en ciertas culturas era un placer la simple contemplación de las Carpas. A mí comenzó a sucederme lo mismo. Podía pasarme varias horas admirando los reflejos que emitían las escamas y las colas. Alguien me

contó después que aquel pasatiempo era una diversión extranjera.

Lo que sí no es ningún tipo de diversión, es la cantidad cada vez mayor de personas que han venido a morir al salón de belleza. Ya no son solamente amigos en cuyos cuerpos el mal está avanzado, sino que la mayoría son extraños que no tienen dónde irse a morir. Aparte del Moridero, la única alternativa sería perecer en la calle. Volviendo a los peces, en cierto momento llegué a tener decenas adornando el salón. Había adecuado pequeños acuarios para las hembras preñadas, que luego separaba de sus crías para evitar que se las comieran después de nacer. Ahora, cuando yo también estoy atacado por el mal, sólo quedan los acuarios vacíos. Todos menos uno, que trato a toda costa de mantener con algo de vida en el interior. Algunas de las peceras las utilizo para guardar los efectos personales que traen los parientes de quienes están hospedados en el salón. Para evitar confusiones coloco una cinta adhesiva con el nombre del enfermo y allí guardo las ropas y también las golosinas que de vez en cuando les traen. Solamente permito que las familias aporten dinero, ropas y golosinas. Todo lo demás está prohibido.

Es curioso ver cómo los peces pueden influir en el ánimo de las personas. Cuando me aficioné a las Carpas Doradas, aparte del sosiego que me causaba su contemplación, siempre buscaba algo dorado para salir vestido de mujer en las noches. Ya sea una vincha, los guantes o las mallas que me ponía en esas oportunidades. Pensaba que llevar puesto algo de ese color podía traerme suerte. Tal vez salvarme de un encuentro con la Banda de los Matababros, que rondaba por las zonas centrales de la ciudad. Muchos terminaban muertos después de los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento alguno salía con vida era peor. En los hospitales donde los internaban, siempre los trataban con desprecio y muchas veces no querían recibirlos por temor de que estuviesen infectados. Desde entonces y por las tristes historias que me contaban, me nació la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía dónde recurrir. Tal vez de esa manera se fue formando este triste Moridero que tengo la desgracia de regentar. Pero volviendo a los peces, pronto me aburrí de tener exclusivamente Guppys y Carpas Doradas. Creo que se trata de una deformación de mi personalidad: muy pronto me canso de las cosas que me atraen. Lo peor es que después no sé qué hacer con ellas. Al principio fueron los Guppys, que en determinado momento me parecieron demasiado insignificantes para los majestuosos acuarios que tenía en mente formar. Sin ninguna clase de remordimiento dejé gradualmente de alimentarlos con la esperanza de que se fueran comiendo unos a otros. Los que quedaron los arrojé al wáter, de la misma forma como lo hice con aquella madre muerta. Así fue como tuve los acuarios libres para recibir peces de mayor jerarquía. Los Goldfish fueron los primeros en los que pensé. Pero dándole vueltas al asunto recordé que eran demasiado lerdos, casi estúpidos. Yo quería algo colorido, pero que también tuviera vida para así pasarme los momentos en los que no había clientas observando cómo se perseguían unos a otros, o se escondían entre las

plantas acuáticas que había sembrado sobre las piedras multicolores.

Mi trabajo en el salón de belleza lo llevaba a cabo de lunes a sábado. Pero algunos sábados en la tarde, cuando estaba muy cansado, dejaba encargado el negocio y me iba a los Baños Turcos para relajarme. El local de mi preferencia era atendido por una familia de japoneses y era un lugar exclusivo para personas de sexo masculino. El dueño, un hombre maduro de baja estatura, tenía dos hijas que hacían las veces de recepcionistas. En el vestíbulo habían tratado de respetar el estilo oriental que se notaba en el letrero de la puerta. Allí había un mostrador decorado con peces multicolores y dragones rojos tallados en alto relieve. En forma invariable se podía encontrar a las dos jóvenes armando grandes rompecabezas, la mayoría de más de dos mil piezas. Cuando llegaba alguien, dejaban el entretenimiento y se esmeraban en la atención. El primer paso era la entrega de pequeñas bolsas de plástico transparente, para que el mismo visitante introdujera en ellas sus objetos de valor. Las jóvenes daban luego un disco con un número que uno mismo debía colgarse de la muñeca.

Las japonesas guardaban la bolsa en un casillero determinado y después invitaban al visitante a pasar a una sala posterior. La decoración aquí cambiaba totalmente. El lugar tenía el aspecto de los baños del Estadio Nacional que conocí la vez que me llevó un futbolista amateur. Las paredes estaban cubiertas hasta la mitad con losetas blancas, en su mayoría desportilladas. En la parte sin losetas habían pintado delfines dando saltos. Esos dibujos estaban descoloridos y apenas se percibía el lomo de los animales. En esa sala siempre me esperaba el mismo empleado para pedirme las ropas que llevaba puestas. En cada una de mis visitas, tuve siempre la precaución de llevar sólo prendas masculinas. Luego de que me desvestía delante de sus ojos, con un gesto mecánico el empleado estiraba sus brazos para recibir mis ropas. Se fijaba después en el número que colgaba de mi muñeca y se llevaba luego la carga al casillero correspondiente. Antes de hacerlo me entregaba dos toallas raídas, pero limpias. Yo me cubría con una los genitales y me colgaba la otra de los hombros.

La última vez que visité los Baños, recordé una historia que me contó un amigo cierta noche en que estábamos esperando hombres en una avenida bastante transitada. A mi amigo le gustaba vestirse exóticamente. Siempre usaba plumas, guantes y abalorios de ese tipo. Decía que algunos años atrás, su padre le había regalado un viaje a Europa. Durante ese viaje, había aprendido a vestirse de esa manera. Pero parece ser que aquí no se apreciaba muy bien esa moda y mi amigo se quedaba muchas horas parado en las esquinas. Ni siquiera los patrulleros que rondaban la zona lo llevaban a dar la vuelta de rutina. En ese momento me acordé de él porque en una ocasión me contó que su padre acostumbraba ir a los Baños a pasar los fines de semana. Se trataba de otro tipo de Baños Turcos, de alta categoría y no como los del japonés. Me dijo que en una de las primeras visitas, los mismos amigos del padre abusaron de él en una de las duchas individuales. Mi amigo no tendría entonces más de trece años y el miedo hizo que no dijera nada de lo sucedido. El caso es que estos

Baños son distintos, porque a diferencia de los que frecuentaba el padre de mi amigo, aquí todos los usuarios saben a lo que van. Una vez que se está cubierto sólo por las toallas, el terreno es todo de uno. Lo único que se tiene que hacer es bajar las escaleras que conducen al sótano. Mientras se desciende, una sensación extraña comienza a recorrer el cuerpo. Después de bajar queda uno confundido con el vapor que emana de la cámara principal. Unos pasos más y casi de inmediato se es despojado de las toallas. De allí en adelante cualquier cosa puede ocurrir. En esos momentos siempre me sentía como si estuviera dentro de uno de mis acuarios. El agua espesa, alterada por las burbujas de los motores del oxígeno y las selvas que se creaban entre las plantas acuáticas, se parecía al sótano de estos Baños. También vivía el extraño sentimiento producido por la persecución de los peces grandes que buscaban comerse a los chicos. En esos momentos, la poca capacidad de defensa, lo rígidas que pueden ser las transparentes paredes de los acuarios eran una realidad que se abría en toda su plenitud. Pero ahora aquellos son tiempos idos que nunca volverán. Actualmente mi cuerpo destrozado, esquelético, lleno de llagas y de ampollas, me impide seguir frecuentando ese lugar. Otro factor importante para considerar aquello como cosa del pasado, es el ánimo que parece haberme abandonado por completo. Siento como algo imposible haber tenido en algún momento la fuerza necesaria para pasar tardes enteras en los Baños. Pues aun en los mejores tiempos de mi condición física, salía de una sesión totalmente extenuado.

Para lo que tampoco tengo fuerza es para salir a buscar hombres en las noches. Ni siquiera en verano, cuando no es tan malo tener que vestirse y desvestirse en los jardines de las casas cercanas a los puntos de contacto que se establecen en las grandes avenidas. Porque toda la transformación se tiene que hacer en ese lugar y a escondidas. Era una locura regresar de madrugada en un autobús de servicio nocturno vestido con las mismas ropas con las que se trabajaba de noche. Además, ahora tampoco tengo casi tiempo para ocuparme de mi persona. Tengo que regentar este Moridero. Debo darles una cama y un plato de sopa a las víctimas en cuyos cuerpos la enfermedad ya se ha desarrollado. Y lo tengo que hacer yo solo. Las ayudas son bastante esporádicas. De vez en cuando, alguna institución se acuerda de nuestra existencia y nos socorre con algo de dinero. Otros quieren colaborar con medicinas, pero les tengo que recalcar que el salón de belleza no es un hospital ni una clínica, sino sencillamente un Moridero. Del salón de belleza quedan los guantes de jebe, la mayoría con huecos en las puntas de los dedos. También las vasijas, las bateas, los ganchos y los carritos donde se transportaban los cosméticos. Las secadoras, así como los sillones reclinables para el lavado de pelo los vendí para convertirlos en una serie de implementos necesarios para esta nueva etapa en la que ha entrado el salón. Con la venta de los objetos destinados a la belleza compré colchones de paja, catres de fierro, grandes ollas y una cocina a kerosene. Un elemento muy importante, que deseché en forma radical, fueron los espejos, que en su momento multiplicaban con sus reflejos los acuarios y la transformación que iban adquiriendo las clientas a

medida que se sometían al tratamiento de la estilística y del maquillaje. A pesar de que creo estar acostumbrado a este ambiente, me parece que para todos sería ahora insoportable multiplicar la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro. A lo que también creo haberme acostumbrado es al olor que despiden los enfermos. Menos mal que en el asunto de las ropas he recibido alguna ayuda. Con la tela fallada que nos donó una fábrica hicimos algunas sábanas. En el patio que hay detrás del galpón donde duermo, separo las ropas en distintos montones. Son los mismos parientes quienes se encargan de lavar cada montón por separado. A los que no tienen a nadie en este mundo, yo mismo tengo que ocuparme de sus ropas.

Me preocupa mucho quién va a hacerse cargo del salón cuando la enfermedad se desencadene con fuerza en todo mi cuerpo. Hasta ahora tengo sólo atisbos, sobre todo los signos externos tales como la pérdida de peso, las llagas y ampollas de las que hablé. Nada interno se me ha desarrollado. Me refería hace unos momentos al asunto del hedor y de la costumbre. Lo hacía porque mi nariz no siente ya casi los olores. Me doy cuenta por las muecas de asco que hacen los que vienen de afuera apenas ponen un pie en este lugar. Por eso conservo con agua y con dos o tres raquíuticos peces uno de los acuarios. Aunque no tiene los cuidados de antes, me da la idea de que algo fresco aún se mantiene en el salón. Hay alguna razón desconocida que me impide darle la dedicación que se merece. Ayer por ejemplo, encontré una araña muerta flotando con las patas hacia arriba.

Antes de convertirse en un lugar usado exclusivamente para morir en compañía, el salón de belleza cerraba sus puertas a las ocho de la noche. Era buena hora para hacerlo, pues muchas de las clientas preferían no visitar tan tarde la zona donde está ubicado el establecimiento. En un letrero colocado en la entrada, se señalaba que era un local donde recibían tratamiento de belleza personas de ambos sexos. Sin embargo era muy reducido el número de hombres que traspasaba el umbral. Sólo a las mujeres parecía no importarles ser atendidas por unos estilistas vestidos casi siempre con ropas femeninas. El salón está situado en un punto tan alejado de las líneas de transporte público, que para viajar en un autobús hay que efectuar una fatigosa caminata. En el local trabajábamos por lo general tres personas. Dos veces a la semana nos cambiábamos las ropas, alistábamos unos pequeños maletines y tras cerrar las puertas al público partíamos con dirección a la ciudad. No podíamos viajar vestidos de mujeres, pues en más de una oportunidad habíamos pasado por peligrosas situaciones. Por eso guardábamos en los maletines los vestidos y el maquillaje que íbamos a necesitar apenas llegásemos a nuestro destino. Antes de esperar en alguna concurrida avenida, ya travestidos nuevamente, ocultábamos los maletines en unos agujeros que había en la base de la estatua de uno de los héroes de la patria. Había oportunidades en que nos cansaba tanto cambio de ropa y si bien con eso no se ganaba dinero buscábamos algo de diversión en las mezzanines de algunos cines donde proyectaban en forma continuada películas pornográficas. Los tres lo

pasábamos bien cada vez que los espectadores iban al baño. El paseo por el centro duraba hasta las primeras horas de la madrugada. Entonces volvíamos por los maletines y regresábamos a dormir al salón. En la parte trasera habíamos construido un galpón de madera donde los tres estilistas dormíamos hasta el mediodía. Lo hacíamos los tres juntos en una gran cama.

Lo más importante era la decoración del salón de belleza. Por la zona se estaban abriendo nuevos salones, por lo que era muy importante para competir el aspecto que se le diera al negocio. Desde el primer momento pensé en tener peceras de grandes proporciones. Lo que buscaba era que las clientas tuvieran la sensación de encontrarse sumergidas en un agua cristalina mientras eran tratadas, para luego salir rejuvenecidas y bellas a la superficie. Lo primero que hice fue comprar una pecera de dos metros de largo. Aún la conservo. Pero no es en ella donde se mantienen los tres peces que todavía me quedan.

Puede parecer difícil que me crean, pero ya casi no individualizo a los huéspedes. He llegado a un estado en que todos son iguales para mí. Al principio los reconocía e incluso una que otra vez llegué a encariñarme con alguno. Pero ahora todos no son más que cuerpos en trance hacia la desaparición. Me viene a la memoria uno en concreto, a quien ya conocía antes de que cayera enfermo. Poseía una belleza sosegada, como la de los cantantes extranjeros que salen en la televisión. Recuerdo que cuando organizábamos algún concurso de belleza, la reina siempre pedía tomarse fotos con él. Creo que eso le daba un matiz internacional a la ceremonia. Yo sabía que ese muchacho viajaba al exterior con regularidad. Se decía que tenía un amante con mucho dinero que le pagaba los pasajes y la estadía. Cuando cayó enfermo, el amante lo abandonó y el muchacho no quiso recurrir a su familia. Inventó un viaje y vino a alojarse al Moridero. Vendió el departamento que tenía y me entregó todo el dinero. Antes de que su enfermedad avanzara hasta dejarlo en un estado de delirio constante, me contó que los frecuentes viajes no eran solamente viajes de placer sino que tenía la misión de transportar cocaína oculta en su cuerpo. Me explicó con lujo de detalles los métodos que utilizaba para adherirse la droga. Se introducía las bolsitas en partes especiales de su cuerpo. Al escucharlo, me conmovía la forma cómo fue utilizado por ese amante que lo dejó solo en los momentos difíciles. Creo que incluso llegué a sentir algo especial hacia él. Dejé de lado la atención que requerían los demás huéspedes y durante el tiempo que duró su agonía no estuve sino atento a cumplir con sus necesidades. También le puse un acuario con peces en su mesa de noche. Lo que más me emocionó fue que él no era ajeno a mis preocupaciones. También me demostró su cariño. Incluso un par de veces estuve en una situación íntima con aquel cuerpo deshecho. No me importaron las costillas protuberantes, la piel seca, ni siquiera esos ojos desquiciados en los que aún había lugar para que se reflejara el placer.

Tampoco vayan a creer que yo era un suicida y me entregué totalmente a ese muchacho. Antes de hacerlo tomé mis precauciones y no creo que haya sido

precisamente él quien me infectó. Pero como ya dije antes, mis gustos cambian con frecuencia y de un momento a otro dejó de interesarme por completo. Retiré la pecera del lado de su cama y lo traté con la distancia que me impongo para todos los huéspedes. Casi al instante el mal atacó todo su cuerpo y no tardó mucho en morir. En su caso la decadencia final vino por el cerebro. Comenzó con un largo discurso delirante que sólo interrumpía las pocas horas que era vencido por el sueño. En algunas ocasiones el tono de su voz se alzaba más que el adecuado y opacaba con sus palabras exaltadas las quejas de los demás huéspedes. Me parece que después fue atacado por una tuberculosis fulminante, pues falleció luego de un acceso de tos. Para ese entonces, el cuerpo del muchacho sólo significaba un cuerpo más al que había la obligación de eliminar.

Curiosamente, con el muchacho perecieron tres peces juntos. Si bien es cierto que en aquel tiempo el acuario había dejado atrás su antiguo esplendor, aún mantenía un buen número de ejemplares. Casi todos eran esos peces llamados Monjitas, negros con el pecho blanco. No sé, en esa época había dejado atrás los colores y lo que mi ánimo exigía era el blanco y negro. Cada vez que me acuerdo del muchacho por el que sentí un especial interés, lo recuerdo echado en su cama y en su mesa de noche la pecera llena de Monjitas. Después de su muerte, con los peces ya lejos de su lado, encontré tres Monjitas rígidas al fondo. No quise pensar en nada mientras las retiraba de la pecera. Para las Monjitas es preciso contar con un calentador de agua. Tenía uno todo el tiempo enchufado. Yo todavía cumplía con las reglas necesarias que me imponían los acuarios, por eso lo considero más que una casualidad que murieran las tres precisamente la noche en que expiró el muchacho. Al día siguiente, desenchufé el calentador y luego de dos días comprobé que ninguna de las Monjitas había resistido el frío del agua. En esos días también murieron unos Escalares a los cuales les habían aparecido hongos en sus cuerpos. Salí a la tienda de peces para adquirir Guppys Reales como al principio. A todos ellos los metí en un mismo acuario y son los que actualmente mantengo. Como ya he dicho, se trata de peces resistentes y a pesar de los mínimos cuidados se han mantenido de una forma más o menos regular: muriendo algunos y naciendo otros de vez en cuando. Pero el agua ya no está cristalina. Ha adquirido un tono verdoso que ha terminado por empañar las paredes del acuario. La pecera la he colocado en un lugar alejado de los huéspedes. No quiero que las miasmas caigan encima del agua. No quiero que los peces se vean atacados por hongos, virus o bacterias. A veces, cuando nadie me ve, introduzco la cabeza en la pecera e incluso llego a tocar el agua con la punta de la nariz. Aspiro profundamente y siento que de aquel cubículo emana aún algo de vida. A pesar del olor del agua estancada, puedo sentir allí algo de frescura. Y lo que me sorprende es lo fiel que se ha mostrado esta última carnada de peces. Pese al poco tiempo dedicado a su crianza, se aferran de una manera extraña a la vida. Me hacen recordar a esa curiosa muerte que se vivía en los Baños Turcos. Allí también existía una larga agonía, que sin embargo estaba más allá de la energía vital que mostraban los

visitantes al abrir y cerrar todo el tiempo las puertas de las cámaras de vapor. Otra situación similar la encontraba con alguna de las clientas que visitaban en las buenas épocas el salón de belleza. La mayoría eran mujeres viejas o acabadas por la vida. Sin embargo, debajo de aquellos cutis gastados era visible una larga agonía que se vestía de esperanza en cada una de las visitas.

Pero el tema de la larga agonía no tenía nada que ver con los huéspedes. En ellos, la larga agonía era una suerte de maldición. Mientras menos tiempo estuvieran alojados en el Moridero era mejor para ellos. Los más afortunados sufrían realmente unos quince días. Había otros que se aferraban a la vida, igual que los Guppys de la última carnada. Querían vivir a pesar de que no existía forma de ver sus males atemperados, a pesar de que el frío del invierno se colaba por las rendijas de las ventanas. A pesar de que era cada vez menor la ración de sopa que les servía. Como creo haber dicho en algún momento, los médicos y las medicinas están prohibidos en el salón de belleza. También las yerbas medicinales, los curanderos y el apoyo moral de los amigos o familiares. En ese aspecto, las reglas del Moridero son inflexibles. La ayuda sólo se canaliza en dinero en efectivo, golosinas y ropas de cama. No sé de dónde me viene la terquedad de llevar yo solo la conducción del salón.

Mis compañeros de antes, con los que trabajaba en los peinados y en la cosmetología, han muerto hace ya mucho tiempo. Ahora ocupo yo solo el galpón. La cama donde antes dormíamos juntos, se me hace ahora demasiado grande para mí solo. Extraño su compañía. Fueron los únicos amigos que he tenido. Los dos murieron infectados y en el momento de la agonía los traté con la misma rectitud que al resto. Todavía tengo colgado en el perchero las ropas con las que solíamos salir a las avenidas. En una caja guardo además las tarjetas que nos dieron algunos de los hombres de la noche. Nunca he llamado a ninguno. Ni siquiera para informarles por qué ya no nos encontrarán parados en las esquinas de costumbre. Aunque lo más seguro es que ni siquiera se acuerden de nuestra existencia. Seguro que otros jóvenes ocupan ahora nuestros lugares habituales.

No sé de dónde saqué fuerzas para ir la penúltima vez a la tienda de peces. Desde el principio recordé con qué despreocupación solía perderme entre los acuarios buscando los peces más coloridos, más vivaces, más majestuosos. Pero aquella vez, sentí remordimiento por encontrarme rodeado de todos aquellos peces llenos de vida. Me dirigí hacia la pecera de las Monjitas. Se trataba del único espacio carente de color en aquel lugar. Pregunté por los cuidados que necesitaban y me informaron que se trataba de peces delicados. El encargado se dedicó a cazar entonces diez Monjitas para mí. Contaba con un pequeño colador que hábilmente movía dentro del agua. Se demoró cerca de quince minutos en la operación. Luego me entregó la bolsa de nailon transparente con las Monjitas en su interior.

Otro de los motivos de mi remordimiento, era el dinero que gasté en aquella ocasión. Aunque no era mucho, se trataba de un dinero que me habían entregado para otra finalidad. Hice uso de parte de los ahorros de una anciana, que me había

confiado su alcancía y a su nieto menor. El nieto era un muchacho de unos veinte años de edad que ya había comenzado con la disminución de peso y los ganglios inflamados. Cierta noche lo encontré tratando de huir del Moridero y fue tal la paliza que le propiné, que muy pronto se le quitaron las ganas de escapar. Se mantuvo echado en la cama esperando pacíficamente que su cuerpo desapareciera después de pasar por las torturas de rigor. Cuando volví al salón con mi bolsa de Monjitas, muy pocos se dieron cuenta de mi adquisición. Había algunos huéspedes que no habían perdido aún la conciencia, por lo que me molestó se mostraran tan indiferentes. Me pareció que no eran lo suficientemente agradecidos; que no bastaban las palabras con las que ellos o sus familiares me pedían alojamiento, ni tampoco las cosas agradables que de vez en cuando escuchaba. Faltaba que me expresaran su agradecimiento de una manera más tangible. Por ejemplo, admirando los peces que aún quedaban con vida o tal vez con alguna alusión agradable hacia mi cuerpo, como haciendo ver que aún se mantenía en buena forma.

Uno de los momentos de crisis por los que pasó el Moridero, fue cuando tuve que vérmelas con mujeres que pedían alojamiento para morir. Venían hasta la puerta en pésimas condiciones. Algunas de ellas traían en sus brazos a sus pequeños hijos también atacados por el mal. Pero yo desde el primer momento me mostré inflexible. El salón en algún tiempo había embellecido hasta la saciedad a las mujeres, no iba pues a echar por la borda tantos años de trabajo sacrificado. Nunca acepté a nadie que no fuera de sexo masculino. Por más que me rogaron una y otra vez. Por más que me ofrecieron dinero nunca dije que sí. En un principio, cuando estaba a solas, me ponía a pensar en aquellas mujeres que tendrían que morir en la calle con sus hijos a cuestas. Pero había sido testigo ya de tantas muertes, que comprendí muy pronto que no podía echarme sobre mis espaldas toda la responsabilidad de las personas enfermas. Con el tiempo logré hacer oídos sordos a las súplicas y también a la animadversión de algunas personas. Eso, aunado a la campaña de desprestigio que se generó en el barrio donde el salón está situado, hizo que en más de una ocasión temiera por mi vida cuando salía a la calle.

La campaña que se desató en el vecindario fue bastante desproporcionada. Cuando la gente quiso quemar el salón tuvo que intervenir hasta la misma policía. Los vecinos afirmaban que aquel lugar era un foco infeccioso, que la peste había ido a instalarse en sus dominios. Se organizaron y la primera vez que supe de ellos fue porque una comisión se apareció en la puerta con un documento donde los vecinos habían firmado formando una larga lista. Pude leer que pedían que desalojáramos el local de inmediato y que después la Junta que habían formado se encargaría de echar fuego, pienso que como símbolo de purificación. Pude leer también algunos nombres al lado de los cuales estaban las firmas y un número, que supongo se trataba del número que aparecía en sus documentos personales. A pesar de que los traté con amabilidad, no hice caso a la petición. No llegué a leer la parte donde se nos daba como plazo veinticuatro horas para el desalojo. Al día siguiente, la primera señal de

alarma la dieron unas cuantas piedras que rompieron las ventanas que daban a la calle. Cuando sentimos la rotura de los vidrios nos asustamos. Había huéspedes que aún estaban con los sentidos en orden y otros, aún peor, con los nervios exaltados. Hasta yo me inquieté cuando los escuché gritar con lo que les quedaba de voz. Se inició un sobrecogedor coro de moribundos. Afuera la multitud estaba enardecida. Tuve entonces que escaparme por la parte del galpón donde dormía. Salí por una pequeña ventana y dejé a los huéspedes a merced de la turba. Con lo que tenía de fuerza corrí varias cuadras. Era de noche y mientras corría imaginaba que los vecinos habían entrado al salón llevando sus antorchas en alto. Podía ver cómo los huéspedes apenas sabrían qué era lo que estaba ocurriendo y seguirían aferrados a esos colchones, a esas frazadas que yo había cambiado por los antiguos instrumentos dedicados a la belleza. No sé cómo, después de caminar infinidad de cuadras, pude llegar a un Teléfono Público. En la agenda que llevé conmigo, tenía algunos números que pensé me serían útiles. Se trataba de las instituciones que siempre habían querido ayudarme con medicinas y otras cosas propias de hospitales. Luego de hacer un par de llamadas, seguí corriendo hasta llegar a la comisaría del sector. Tuve que exponerme a frases sarcásticas por parte de los policías. Hasta que finalmente un cabo, que parecía tener más sensibilidad que los demás, se dignó escucharme. Oyó parte del relato, omití por cierto algunos detalles, y designó a un grupo de sus hombres para que lo siguiera.

Regresamos juntos. Cuando llegamos, la turba había logrado violar la puerta principal. Sin embargo, por alguna razón que intuyo relacionada con los olores o el temor al contagio, no habían entrado. La policía disparó al aire algunos tiros. La gente se dispersó al instante. Pero allí no terminaron los problemas. La policía, que no tenía ni la menor idea de nuestra existencia, comenzó a hacer preguntas. Hicieron una inspección y hablaron de cierto Código Sanitario. Felizmente, en ese momento llegaron los miembros de las organizaciones a las que había llamado. Hablaron con los policías e incluso uno de ellos fue con el cabo hasta la comisaría. Con los otros miembros, había algunos que pertenecían a una comunidad religiosa, tratamos de calmar a los huéspedes. Acto seguido construimos una especie de palizada en la puerta para pasar la noche. En los días posteriores se hicieron los trabajos de remodelación.

Durante esos días yo caí en una depresión profunda, que sin embargo no me hizo descuidar en ningún momento a mis huéspedes. La única diferencia fue que pasé más tiempo recluso en mi galpón. Pese a todo, desde temprano salía al mercado a comprar las verduras necesarias, así como las menudencias de pollo con las que hacía las sopas diarias. Después de regresar, pasaba revista a los huéspedes y luego los limpiaba lo mejor que podía. A los que podían levantarse los acompañaba hasta el wáter. Luego me ponía a cocinar. En realidad, no era muy difícil. Se trataba solamente de meter en la olla las verduras y las menudencias y dejarlas que hirvieran un par de horas. Echaba luego un puñado de sal y tapaba nuevamente la olla. A la

hora del almuerzo servía los platos. Era la única comida. Los huéspedes casi nunca tenían hambre y muchos de ellos ni siquiera terminaban el plato diario de sopa que les ponía delante. Yo comía lo mismo y también me acostumbré a hacerlo una vez al día.

2

Todo iba bien en el par de acuarios que mantenía antes de la muerte de las Monjitas, hasta que de un día para otro comenzaron a aparecerles hongos a unos Escalares que habían continuado con vida desde los tiempos de prosperidad. Al principio se trató de unas extrañas nubecitas que les crecían encima de los lomos. Era extraño el aspecto que ofrecían. Se veían los colores de estos peces opacados con una gran aureola que parecía de algodón. Finalmente, todos los cuerpos fueron contagiados y los Escalares cayeron al fondo un par de días antes de morir. No estoy totalmente seguro, pero creo que para aminorar la impresión compré rápidamente los Guppys que hasta ahora me acompañan. Los escogí prácticamente al azar, sin detenerme demasiado en las características de cada uno. Como la vez que adquirí mis primeros peces, escogí un macho y dos hembras, una de ellas preñada. Como ya dije, a diferencia de aquellos, estos sí resultaron resistentes y aguantaron la falta de cuidados que hubiera tenido que darles. Los motores del oxígeno están todos inservibles menos uno, que funciona a trompicones. El agua se purifica sólo a veces. Casi nunca tengo tiempo para renovarla y por eso en ocasiones el nivel baja y los peces tienen cada vez menos espacio para moverse. Cuando la situación es alarmante, lleno un recipiente y dejo que el agua repose como mínimo veinticuatro horas. Luego la arrojo sobre la única pecera que aún se mantiene con vida. Por lo general, los peces que han estado aletargados por la falta del agua suficiente, comienzan otra vez a moverse de un extremo a otro del acuario. Pero lo hacen con dificultad, pues a pesar del agua nueva la pecera continúa luciendo el color verde oscuro que la caracteriza. Es tanta la turbidez, que desde el exterior apenas si distingo las formas en movimiento. He perdido la cuenta del número exacto de peces que se mantienen con vida. Sospecho que son sólo dos o tres.

En el Moridero pareciera que el mal atacara por oleadas. Hay temporadas en que el salón está vacío por completo. Esto se produce después de que todos los huéspedes mueren en un corto periodo de tiempo y no aparecen nuevos enfermos para reemplazarlos. Pero pese a todas las predicciones, esas épocas no son muy duraderas y nuevamente los futuros huéspedes tocan desesperados la puerta del salón. Con una sola ojeada puedo predecir cuánto tiempo de vida tienen por delante. La actitud con la que llegan, varía de acuerdo al carácter de la persona. Casi todos están desesperados, pero algunos muestran algunos signos de luz a pesar de esta desesperación. Otros están derrotados por completo y a duras penas pueden mantenerse de pie. Una vez que son recluidos, yo me encargo de ponerlos a todos en un mismo punto con respecto a sus estados de ánimo. Después de unas cuantas jornadas de convivencia, logro establecer la atmósfera apropiada. Se trata de un estado que no sabría cómo describir con propiedad. Logran el aletargamiento total, donde no le cabe a ninguno la posibilidad de preguntarse por sí mismo. Este es el estado ideal para trabajar. De esa forma se logra no involucrarse con ninguno en especial y de ese modo se hacen más expeditivas las labores. Se cumple así con el trabajo sin ninguna clase de traba.

Cuando tuve el acercamiento con el muchacho que murió de tuberculosis, aún no había perfeccionado del todo mi técnica. Aunque está mal decirlo, me arrepiento de haber caído sentimentalmente en esa oportunidad. Ahora pienso que a ese muchacho jamás le he debido poner la pecera con Monjitas en su mesa de noche. Nunca he debido tocarlo con fines ajenos a los higiénicos. Esto casi podría considerarlo como una mancha negra en mi oficio. No he contado algunas cosas pero, a pesar de la indiferencia que mostré cuando el muchacho entró en la recta final, debo confesar que secretamente me preocupé por el tipo de sepultura que recibiría. Tal vez lo hice movido por la considerable cantidad de dinero que me entregó antes de ser admitido como huésped. El caso es que su cuerpo no fue a dar como los otros a una fosa común que hay en las cercanías. Me interesé en que recibiera una sepultura más digna. Fui a una funeraria y adquirí un ataúd de color oscuro. Aparté los muebles del galpón donde duermo e improvisé un velorio donde yo fui el único deudo. Contraté además una camioneta negra y separé un nicho no muy alejado del piso. Lo que sí todavía no me atrevo a realizar, y estoy casi seguro que nunca lo haré, fue ir al cementerio a decorar con flores su tumba. Como ya dije, los demás muertos van a dar a la fosa común. Sus cuerpos son envueltos en unos sudarios que yo mismo confecciono con las telas de sábana que nos donaron. No hay velatorio ni nada. Se quedan en sus camas hasta que unos hombres que tengo contratados los trasladan en carretillas. Yo no los acompaño y cuando vienen los familiares a preguntar, me limito a informarles que ya no están en este mundo.

Quién podía pensar que en algún momento me iba a encontrar en semejante situación. Siento que en estos últimos tiempos el orden se ha instalado en mi vida. Pero triste me parece la forma de haberlo obtenido. Se acabaron las aventuras callejeras, las noches pasadas en celdas durante las redadas, las peleas a pico de botella que se armaban cuando algún otro trataba de quitarme un novio conseguido a fuerza de sacrificio. Aquellas escenas violentas se generaban casi siempre en las discotecas donde iba a divertirme. Había una en especial que visitaba regularmente. El dueño era amigo mío desde los tiempos en que yo era un muchacho. En esa época recién me había escapado de la casa de mi madre, quien nunca me perdonó que no fuera el hijo recto con el que ella soñaba. Como no tenía medios de subsistencia, me aconsejaron que viajara al norte del país. El dueño de la discoteca regentaba en esa zona un hotel para hombres que tenía un gran salón de baile en el primer piso. Hice caso a los consejos y partí. Yo no tendría entonces más de dieciséis años y no puedo quejarme ni del trato ni de la cantidad de dinero que recibí. El dueño, que tenía unos veinte años más que yo, me trataba con cariño. Me aconsejaba siempre. Y sobre todo me habló con claridad de una regla fundamental. Me dijo que en ningún momento olvidara lo efímera que es la juventud. Yo debía aprovechar lo más posible los años que tenía entonces. Gracias a esa persona llevé con inteligencia mis finanzas y antes de cumplir los veintidós años pude regresar con el capital necesario para invertirlo en la creación del salón de belleza. No adquirí todos los artículos desde el primer

momento. Pude hacerme del terreno y logré construir la sala principal. Al principio no contaba más que con tres o cuatro cosas, pero pronto se hizo público que tenía buena mano para los cortes de pelo. Así fue como la clientela fue gradualmente aumentando y eso me permitió comprar los elementos necesarios para hacer creer a las clientas que se encontraban en un establecimiento de alta categoría. Pero cuando adquirí la mayor parte de objetos, sentía que le faltaba todavía algo para que el salón fuera un lugar verdaderamente diferente. Fue entonces cuando pensé en los peces. Serían el toque que daría al local un matiz algo extraño en el barrio donde está ubicado.

Pero con respecto a mi persona las cosas eran diferentes. A medida que el negocio se estabilizaba, yo me sentía cada vez más vacío por dentro. Sólo entonces comencé a tener una vida que puede llamar-se disipada. Es cierto que cumplía con mis obligaciones diarias, pero no veía las horas de que llegara uno de los tres días de la semana que habíamos señalado para salir a la calle vestidos de mujeres. También habíamos adoptado la costumbre de vestirnos así para atender a las clientas. Me pareció que de ese modo se creaba un ambiente más íntimo en el salón. Las clientas se sentirían más a gusto. De esa forma podrían contarnos sus vidas, sus secretos. Pese a que dentro del salón se llegó a formar algo así como una unidad y una armonía agradables, también es cierto que con el abuso de las aventuras callejeras mi vida había ido perdiendo su centro psicológico.

Sin embargo, cuando el salón de belleza comenzó a cambiar sentí también una transformación interna. Cuando empecé a atender a los huéspedes, me hice algo así como más responsable. En ese entonces no estaba tampoco tan joven. Ya desde un tiempo antes me era cada vez más difícil conseguir éxito en una noche en el centro. Recuerdo que había empezado a vivir en carne propia la soledad de aquel amigo que trajo su vestimenta de Europa. Tuve que pararme en avenidas menos exclusivas, o hacer mis cosas amparado por la oscuridad de los cines de barrio. Siempre recordaba los consejos que me había dado en su momento el dueño del hotel de provincias y constataba que una a una sus predicciones se estaban cumpliendo. Como contrapartida, las cosas en el salón de belleza iban cada vez mejor. Aquella fue la época cuando los acuarios llegaron a su esplendor. Tenía toda una colección de Escalares, Goldfish, Peces Lápiz e incluso en una pecera con una serie de compartimentos separados criaba Pirañas Amazónicas. Durante todo el día esos peces buscaban destrozarse a las Pirañas colocadas al otro lado. También se dio el mejor momento del salón. Las clientas se amontonaban en la puerta, porque tres veces a la semana abríamos a las doce del día. Por eso tuvimos que establecer un rígido ritmo de citas, que curiosamente se cumplían en forma religiosa. Es cierto que yo tuve que imponer las reglas para que esto sucediera así. Nunca acepté que una clienta llegara tarde, tampoco hice caso a las que venían con urgencias de última hora ni tampoco a las que pedían entretornos.

La primera vez que acepté a un huésped, lo hice a pedido de uno de los

muchachos que trabajaba conmigo. Ya señalé que antes habíamos dado cobijo a una que otra persona herida por las Bandas de Matabros o de asaltantes que merodeaban por la ciudad, pero en esas ocasiones se había tratado sólo de alojamientos temporales. Pasado un tiempo, los heridos abandonaban el salón por sus propios medios.

Pero aquella vez uno de los compañeros que trabajaba conmigo, me contó que uno de sus amigos más cercanos estaba al borde de la muerte y no lo querían recibir en ningún hospital. Su familia tampoco quería hacerse cargo del enfermo y por falta de recursos económicos su única alternativa hubiera sido morir debajo de uno de los puentes del río que corre paralelo a la ciudad. En efecto, hasta ese lugar lo habían llevado ciertos vagabundos y para mitigar los escalofríos que lo acometían lo tapaban con unos cartones que habían conseguido en las cercanías. El muchacho que trabajaba conmigo me rogó que lo recogiéramos. Acepté sin pensar mucho en las consecuencias. De haberseme hecho ese pedido en otro momento, jamás hubiera permitido que mi salón de belleza se convirtiera en un Moridero.

Aquel joven murió al mes de su internamiento. Recuerdo que casi nos volvimos locos por tratar de restablecerlo. Convocamos algunos médicos, enfermeras y yerberos. También personas que se dedicaban a la curandería. Hicimos algunas colectas entre los amigos para comprar las medicinas, que eran sumamente caras. Todo fue inútil. Más fue el desgaste físico y moral que aquel tratamiento le causó al enfermo como a los que estábamos alrededor. La conclusión fue simple. El mal no tenía cura. Todos aquellos esfuerzos no fueron sino vanos intentos de estar en paz con uno mismo y con nuestra conciencia. No sé dónde nos han enseñado que socorrer al desvalido es tratar de apartarlo a cualquier precio de las garras de la muerte. A partir de esa experiencia tomé la decisión de que si no había otro remedio, lo mejor era una muerte rápida dentro de las condiciones más adecuadas que era posible brindársele al enfermo. No me conmovía la muerte como muerte. Lo que quería evitar era que esas personas perecieran como perros en medio de la calle, o bajo el abandono de los hospitales del Estado. En el Moridero tenían una cama, un plato de sopa y la compañía asegurados. Si el huésped estaba consciente, o más aún, si estaba en condiciones de efectuar movimientos, podía ayudar tanto moral como físicamente en el funcionamiento del Moridero. Aunque hay que reconocer que la ayuda física era esporádica. Se daba sólo cuando algún huésped de pronto sufría una recuperación transitoria, pues yo siempre me aseguraba de aceptar sólo a los que no tenían ya casi ninguna vida por delante.

Algunas veces, muchachos jóvenes y vigorosos tocaron las puertas. Aseguraban que estaban infectados e incluso algunos llevaban consigo los resultados de los análisis que lo certificaban. Viéndolos en aquellas condiciones físicas era fácil imaginárselos desnudos realizando ejercicios corporales o faenas en el mar. Nadie podría pensar que la muerte ya los había elegido. Aunque sus cuerpos estaban intactos, sus mentes ya habían aceptado su pronta desaparición.

Querían ser huéspedes del Moridero. Se ofrecían incluso para ayudarme en la regencia. Yo tenía que sacar las mismas fuerzas que mostraba delante de las mujeres que pedían hospedaje y decirles que regresaran meses después. Que no volvieran a tocar las puertas sino hasta cuando sus cuerpos estuvieran irreconocibles. Con los achaques y la enfermedad desarrollada. Con esos ojos que yo ya conocía. Sólo cuando no pudieran más con sus cuerpos les era permitido tocar las puertas del Moridero. Sólo entonces podían aspirar a la categoría de huéspedes. Recién entonces se ponían en juego las reglas que había ideado para el correcto funcionamiento del salón. Y era sorprendente ver que este tipo de huésped, el que había tocado la puerta sano para ser rechazado después, era el más agradecido con los cuidados. Incluso muchos de ellos alababan los acuarios, aunque dentro de las aguas no hubiera ya nada que llamara la atención.

Los primeros síntomas del mal los sentí en mi cuerpo cierta mañana que desperté más tarde que de costumbre. Fue un amanecer bastante curioso. Con las primeras luces del alba me sobresaltó una pesadilla. Soñé que regresaba al colegio donde estudié la primaria y nadie me reconocía. Si bien es cierto que en apariencia tenía el mismo aspecto de cuando era niño, había algo en mí que delataba el paso de los años. Era algo así como un hombre viejo en un cuerpo de niño. Pasé revista a mis compañeros de salón y a algunos profesores. Eran los mismos con los que había estudiado, pero me trataban como a un desconocido al que le tuvieran miedo. Finalmente, mi madre fue a recogerme a la salida y con ella ocurrió lo mismo. Había ido por mí y sin embargo no sabía quién era. Desperté con una profunda tristeza. Sobre todo por haber visto a mi madre, quien había muerto poco después de mi huida al norte del país. Ya desde antes de abandonarla se quejaba con frecuencia. Siempre decía estar enferma y recuerdo que muchas de las horas de mi infancia las pasé en grandes hospitales acompañándola para que se hiciera uno de sus innumerables chequeos. Cuando desperté sentí una gran angustia. Me paré, salí del galpón y me eché agua en la cara. Luego regresé a la cama y me dormí hasta cerca de las diez de la mañana. Me despertaron los fúnebres sonidos que venían del salón principal. Los huéspedes se estaban quejando por no ser atendidos. A muchos había que cambiarles los pañales y a otros acompañarlos hasta el wáter que hay detrás del galpón. En uno de estos viajes fue que noté el brote de la enfermedad. A la pasada me miré en el pequeño espejo que reservaba para afeitarme y vi un par de pústulas en mi mejilla derecha. No tuve necesidad de palparme los ganglios para ver si estaban inflamados. Entonces yo tenía la suficiente experiencia con los infectados para conocer el más insignificante de los síntomas.

Casi de inmediato, a lo más quince días después, la fuerza corporal empezó levemente a disminuir. En ese entonces ya estaba totalmente dedicado al Moridero, pero me reservaba uno que otro día para salir a divertirme. A veces era una visita a los Baños y otras era ir hasta las calles vestido con las ropas que me habían dejado mis compañeros ya fallecidos. Pero como repito, no era esta una actividad sostenida.

Lo hacía muy de vez en cuando. Mas cuando descubrí las heridas en mi mejilla las cosas acabaron de golpe. Llevé los vestidos, las plumas y las lentejuelas hasta el patio donde estaba el wáter e hice una gran fogata. Olió horrible. Parece que habían muchas prendas de material sintético, porque se levantó un humo bastante tóxico. Ese día había estado tomando aguardiente desde temprano. Lo hice mientras cumplía con mis labores en el Moridero. En realidad era capaz de hacer las tareas en cualquier estado. Ya sea bajo los efectos de una droga, del alcohol o del sueño. Mis movimientos se habían vuelto lo suficientemente mecánicos como para hacer mis labores a la perfección, guiado únicamente por la fuerza de la costumbre. En el momento de la fogata yo me había puesto uno de los trajes y estaba totalmente mareado. Recuerdo que bailaba alrededor del fuego mientras cantaba una canción que ahora no recuerdo. Yo me imaginaba a mí mismo bailando en la discoteca con esas ropas femeninas y con la cara y el cuello totalmente cubiertos de llagas. Mi intención era caer yo también dentro del fuego. Ser envuelto por las llamas y desaparecer antes de que la lenta agonía fuera apoderándose de mi cuerpo. Pero parece ser que el canto mitigó mis intentos suicidas. Mientras más cantaba, más me acordaba de nuevas canciones y era creciente la sensación de ir entrando en los recuerdos que las canciones me iban sugiriendo. Así fue como la fogata poco a poco se fue apagando hasta no quedar sino un leve humo saliendo de los restos achicharrados. Yo estaba echado de costado. Uno de los ruedos de mi traje había sido alcanzado por el fuego y el raso que decoraba el vestido estaba completamente chamuscado. Igualmente sentía el pelo y las pestañas. Pese a todo continué echado, maravillándome con las leves columnas de humo. Las canciones habían cesado. Aparte del final del fuego, el único ruido que se podía sentir eran los gemidos que reinaban en el salón principal del Moridero.

Los peces más extraños que alguna vez he criado han sido esos mexicanos llamados Axolotes. Se trata de unos peces que parecen estar a mitad de camino en la evolución. Son de forma cilíndrica, casi como gusanos gigantescos, y aparte de las aletas habituales tienen también unas pequeñas patas incipientes. Además poseen alrededor del cuello unas agallas como las de ciertos animales de la época de los dinosaurios. Los ejemplares que poseía eran de un blanco rosáceo y los ojos mostraban un rojo intenso. Todo el día lo pasaban estáticos al fondo del acuario y solamente se movían cuando les arrojaba las lombrices vivas con las que se alimentaban. A muchas de las clientas les daba asco esos peces. Pero también hubo una que otra que mostró cierto interés, debido seguramente a la rareza que lucían. Debían estar los dos en un acuario especial. No soportaban la presencia de piedras en el fondo ni tampoco las plantas con las que solía decorar las peceras. Se mantenían únicamente entre las cinco paredes transparentes. Yo mismo debía pasar una esponjita por el vidrio, pues eran tan feroces y tan carnívoros que no aceptaban ni por un instante la presencia de un Pez Basurero. Una vez hice la prueba de poner un par mientras ellos dormían. Me quedé unos momentos para ver la reacción y en la

primera media hora nada importante ocurrió. Los Peces Basureros empezaron a cumplir con su deber y con sus grandes bocas pegadas a los cristales se dedicaron a comerse las impurezas. Los Axolotes, como de costumbre, se mantuvieron al fondo. Yo sé que los peces en general no saben qué está ocurriendo en el exterior de sus peceras. Mas da la casualidad que apenas dejé el acuario, los dos Axolotes se lanzaron a devorar a los Peces Basureros. Lo sé porque regresé a los pocos instantes y me encontré con la carnicería. Los Axolotes nuevamente estaban al fondo del acuario. En apariencia estaban tranquilos, pero de la boca de cada uno sobresalía parte de los Peces Basureros. Parece ser que a partir de esa jornada se les despertó una furia desenfrenada. Lo digo porque pocos días después terminaron despedazándose uno al otro. Luego de esa experiencia, jamás se me ocurriría criar esos peces nuevamente. Y no solamente por lo carnívoro de sus costumbres. He tenido otros peces incluso mucho más agresivos. Estaban los Peces Peleadores, las Pirañas y otras especies menores cuyos nombres no recuerdo. Pero lo chocante de los Axolotes era lo repudiable de su estilo que, aunado a su desagradable aspecto, daba al asunto de criar peces un carácter diabólico.

Una de las formas más fastidiosas de morir, se da cuando la enfermedad empieza por el estómago. Decir esto me causa cierta gracia, pues siempre he escuchado aquel dicho popular que al hombre se le agarra por el estómago. Y no solamente lo oí, sino que en más de una ocasión lo puse en práctica. Digo esto acerca de la enfermedad, porque no conozco la razón por la cual cuando el mal comienza por el estómago el resto del cuerpo queda algo así como inmune. Cuando el mal empieza por la cabeza, por los pulmones u otras zonas pronto compromete a las demás funciones vitales. Entonces sobreviene una reacción en cadena que se lleva al huésped en menos de lo que canta un gallo. Con el estómago es diferente. El huésped cae dentro de una diarrea constante que le va minando el organismo, pero sólo hasta cierto punto. El estómago se afloja cada vez más y el enfermo cada día está más decaído, mas nunca llega a alterarse este continuo deterioro. Sigue su ritmo sin subidas ni bajadas. Sin grandes sufrimientos súbitos. Sencillamente son los cólicos y los calambres constantes.

Largos y sostenidos. En el Moridero he tenido huéspedes que han soportado ese proceso hasta un año seguido. Y todo ese periodo los dolores se han mantenido invariables. Y durante todo ese tiempo el enfermo sabe que no tiene escapatoria. Yo me encargo de que no abriguen falsas esperanzas. Cuando creen que se van a recuperar, tengo que hacerles entender que la enfermedad es igual para todos. Que tanto aquellos que no pueden más con los dolores de cabeza o con las llagas que les supuran por todo el cuerpo, tienen un proceso similar al de los que están con las largas y aparentemente interminables diarreas. Hasta que llega un día en que el organismo se ha vaciado por dentro de tal modo que no queda ya nada por eliminar. En ese instante no queda sino entrar en la espera final. El cuerpo cae en un extraño letargo donde no pide ni da nada de sí. Los sentidos están completamente embotados.

Se vive como en un limbo. Por lo general, este estado suele durar de una semana a diez días. Depende del cuerpo y de la vida que el huésped haya llevado antes de ser alojado en el Moridero.

Digo forma fastidiosa de morir, porque para nadie es un favor que el huésped esté todo un año sufriendo. He repetido muchas veces que no hay bendición mayor que la agonía rápida. Ni para los huéspedes ni para mí significa una ventaja eso de estarse muriendo en forma interminable. Al ocupar una cama más tiempo que el señalado, le está quitando oportunidad a otro huésped que seguramente verá atacado su cerebro, o sus pulmones. A otro huésped que cumplirá a cabalidad su papel de huésped y ocupará la cama, mi tiempo y mis recursos no más de lo necesario. Pero me he preguntado muchas veces qué hacer. Al final, he llegado a la conclusión de que aceptar ese tipo de huéspedes es un deber que no debo eludir. Ya me he puesto demasiadas restricciones como para imponerme una regla más. Si el Moridero no acepta mujeres ni infectados en la etapa primaria, no puede ahora tampoco rechazar a los enfermos cuyos estómagos están atacados. Me parece que una actitud semejante terminaría por desvirtuar por completo los orígenes que tuvo la idea que llevo adelante. De hacer caso a esta última restricción, creo que sería inútil seguir manteniendo transformado el salón. Hubiera sido más fácil para mí hacer caso omiso a lo que ocurría a mi alrededor y sin inmutarme hubiera seguido viendo morir a los compañeros, a los amigos, a la gente desconocida. A los jóvenes fuertes, a los que alguna vez fueron reinas de belleza que desaparecían con los cuerpos destrozados y sin ninguna clase de amparo. Sin embargo, debo ser fiel a las razones que tuvo este Moridero. No a la manera de las Hermanas de la Caridad, que apenas se enteraron de nuestra existencia quisieron asistirnos con trabajo y oraciones piadosas. Aquí nadie está cumpliendo ningún tipo de sacerdocio. La labor que se hace obedece a un sentido más humano, más práctico y real. Hay otra regla, que no he mencionado por temor a que me censuren, y es que en el Moridero están prohibidos los crucifijos, las estampas y las oraciones de cualquier tipo.

Pronto las heridas de mis mejillas se extendieron por el cuerpo. Yo sabía que era preferible no frotárselas con los dedos y tampoco echarles ninguna crema encima. Me habían contado los efectos que producía la cortisona sobre este tipo de úlceras. Al principio las curaba por completo, pero al cabo de una semana aparecían con más fuerza que nunca. Logré resignarme y traté de lucir las llagas con el mayor de los orgullos. Noté algunas reacciones entre los familiares de los huéspedes que llegaban hasta el salón. Se trataba de un primer impacto, que luego disimulaban creyendo que yo no me daba cuenta. Esta nueva condición de mi cuerpo me sirvió para retirarme definitivamente de la vida pública. Ya no contaba con los vestidos de noche y tampoco tenía ganas de ir hasta los Baños Turcos los sábados por la tarde. A veces imaginaba con regocijo cuál sería la reacción de los asistentes al verme con el cuerpo brotado. Lo más probable era que en un primer momento no se dieran cuenta y sólo lo notaran cuando estaban ya demasiado comprometidos. Puedo asegurar que muchos

huirían aterrados. Aunque puedo asegurar también que otros seguirían como si nada sucediese. Eso mismo podía pasar si salía vestido en las noches. Claro que en esas circunstancias es diferente, pues era muy probable que me las tuviera que ver cara a cara y sin salida con algún tipo entre asqueado y furibundo. A mi edad y en mi estado no estaba para pasar por ese tipo de experiencias. Me sentía como aquellos peces tomados por los hongos, a los cuales les huían sus naturales depredadores.

En más de una oportunidad había hecho cierta prueba, donde quedaba claro cómo los peces atacados por los hongos se volvían sagrados e intocables. Me había llamado la atención cómo cualquier pez con hongos sólo moría de ese mal. A mí tal vez me sucedería lo mismo si me aventuraba a visitar los Baños, aunque también es cierto que la conducta de los peces a veces no guarda relación alguna con la de los hombres. Yo había visto cómo en las noches trataban de colarse al Moridero amantes desconsolados. Venían a buscar a alguno de los huéspedes. Escuchaba que gritaban entre llantos los nombres en medio de la noche. A veces era tal la fuerza de los gritos, que muchos de los enfermos se despertaban asustados y comenzaban con el acostumbrado coro de quejidos. Yo me mantenía alerta en mi cama. Estaba atento a ver si las cosas pasaban a mayores. La puerta de calle estaba reforzada, por lo que era improbable que alguno de los amantes pudiera entrar. Pero de todos modos yo me mantenía despierto. Me preguntaba entonces qué podía mover a esos seres a buscar a alguno de los huéspedes. Tal vez el recuerdo de un pasado feliz, o tal vez la convicción de que el amor va mucho más allá de lo físico. ¿Y entrar para qué? Sólo para encontrarse con alguien que no era más que hueso y pellejo. Alguien que además del decadente aspecto no significaba otra cosa que la de ser portador del mal. Llegaba el amanecer. Por alguna extraña razón, este tipo de amante rehuía la luz del día. Nunca se presentaban en horas que no fueran nocturnas.

Debo confesar que la llegada de esos hombres me producía fastidio. Nunca nadie vino por mí. Me pregunto entonces de qué me sirve tanto sacrificio en la administración de este salón. Sigo solitario como siempre. Sin ninguna clase de retribución afectiva. Sin nadie que venga a llorarme la enfermedad. Creo que esto es el resultado de haberme preocupado tanto por el salón de belleza en sus momentos de esplendor y también por la dedicación que les ofrecí a mis compañeros de trabajo mientras estuvieron a mi lado. Estoy seguro que de estar vivos, ellos sí se preocuparían por mí. Verían la forma de mantenerme entretenido. Me traerían Marchantes, que era la forma como llamábamos a los muchachos que daban algo de diversión a cambio de dinero. Tal vez mi mayor desgracia consista en que la enfermedad tomó mi cuerpo demasiado tarde. De haber muerto antes, mi enfermedad tal vez hubiera sido más dulce. Con mis compañeros al pie de mi cama. Pero ahora las cosas son diferentes. Tengo que vérmelas yo solo. Tengo que sufrir la decadencia sin pronunciar una queja y rodeado de caras que veo por primera vez. Hay noches en que tengo miedo. Temo lo que sentiré cuando la enfermedad se desarrolle con fuerza. Por más que haya visto morir a innumerables huéspedes. Por más que desde hace ya bastante

tiempo la muerte crea tener en el salón la libertad de hacer lo que le venga en gana. Reconozco que ahora que viene por mí, no sé qué va a sucederme. Tal vez esta sensación fue la misma que tuvo mi madre cuando al fin, después de pasarse años yendo a las consultas de los hospitales, le dijeron que tenía un tumor maligno. Yo me enteré cuando estaba trabajando en el norte del país. Mi madre me envió una carta que nunca contesté. Ahora que estoy en la misma situación, no tengo a nadie a quien enviarle nada.

Precisamente ayer, cuando estaba viendo la pecera del agua verdosa, me di cuenta de que la desaparición de un pez no le importa a nadie. En todos estos años, el único afectado con la mortalidad en los acuarios he sido yo. Ayer vi que algunos Guppys se escondían entre las plantas. Después salían, pero sólo para volverse a esconder. La única reacción que tienen algunos peces ante la muerte es la de comerse al pez sin vida. Si es que el pez no se saca a tiempo, se convierte en comida de los demás. Hubo veces en que a propósito los dejé varios días al fondo del acuario. Cada mañana veía cómo los demás iban desapareciéndolos de a pocos. En esas ocasiones la muerte tenía cierto sentido. Pero no hice de esta práctica una costumbre. Casi siempre recogía al pez al día siguiente. Me gustaba el absurdo de la desaparición que se desarrollaba en los acuarios. De ese modo me sentía más tranquilo, pues a veces no podía dormir en las noches cuando sabía que el pez estaba siendo despedazado por sus compañeros.

En honor a la verdad, debo decir que las heridas que aparecen en mi cuerpo no es lo más grave que me sucede. En casos extremos, ante la inminencia de una aventura amorosa por ejemplo, siempre quedaría el recurso del maquillaje. Una base de color carne sería suficiente para hacer desaparecer las fastidiosas heridas. El maquillaje y la ayuda de una luz tenue. Ya me sucedió una vez. Lástima que no se trató de un trance amoroso, sino de una de las tantas Hermanas de la Caridad que vienen hasta el Moridero a ofrecer sus servicios. Yo no quería que supieran que estaba enfermo. Sabía que aprovecharían cualquier descuido en mi mando para coger las riendas del Moridero. Y eso era algo que yo no iba a permitir. Me imaginaba cómo sería este lugar manejado por gente así. Con las medicinas por todos lados tratando de salvar inútil-mente esas vidas ya condenadas. Prolongando los sufrimientos bajo la apariencia de la bondad cristiana. Y lo peor, tratando a toda costa de demostrar lo sacrificada que era la vida cuando se la ofrecía a los demás. De ninguna manera iba a permitir que hicieran eso con mi salón. Todavía no sé qué es lo que va a pasar con todo esto una vez que esté muerto. Algunos podrán decir que no debería importarme, pero es algo que me preocupa bastante. Incluso más de lo que ahora me interesa la regencia del local. Tal vez sea porque sé que todos los huéspedes morirán inmediatamente después de que yo lo haga. Y no es que este suceso me alarme mayormente. Lo triste es la forma cómo lo harán. Cómo caerán moribundos en medio del mayor desconcierto. Además los nuevos huéspedes que vendrán ya no serán iguales. Seguramente tendrán que pasar por algunas pruebas antes de ser admitidos. A algunos los remitirán a los asquerosos hospitales del Estado y a otros sencillamente

les cerrarán las puertas. Lo más probable es que no quieran saber nada de los más míseros, ni de los de conducta escandalosa. Muchos de los huéspedes, a pesar de encontrarse gravemente enfermos, no abandonan jamás sus conductas aprendidas. Y a pesar de todas las circunstancias que los rodean, continúan con sus actitudes de costumbre, con aquellos modales que dejan tanto que desear. No puedo imaginarme a las Hermanas de la Caridad lidiando con aquel tipo de personaje.

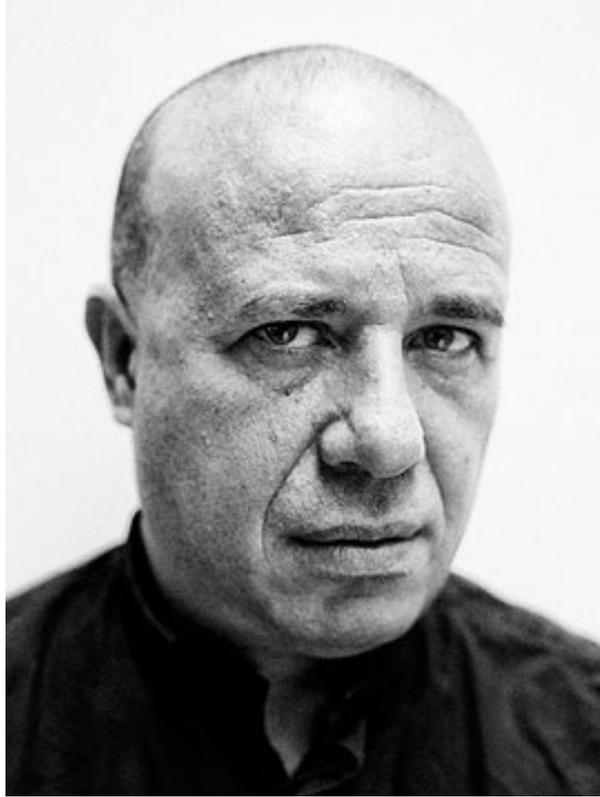
Mientras pienso cuál puede ser el futuro del Moridero, trato de mantener la mente y el cuerpo ocupados cuidando de los huéspedes. Tengo algunas ideas, pero no sé si tendré la fuerza suficiente para en su momento llevarlas a cabo. La más simple tiene que ver con el hecho de quemar el Moridero con todos los huéspedes adentro. Sé que nunca voy a llevar a cabo una idea así. Y no es sólo por remordimiento o por miedo que rechazo una idea de ese tipo, es sencilla-mente que me parece una salida bastante fácil y carente por completo de la originalidad que desde el primer momento le quise imprimir al salón de belleza. También se me ocurrió inundarlo, hacer del salón un gran acuario. Rápidamente rechacé esa idea por absurda. Lo que sí creo que voy a poner en práctica es el borrado total de huellas. Debo hacer ver como si en este lugar nunca hubiera existido un Moridero. Esperaré que se muera esta última remesa de huéspedes y después no recibiré a ninguno más. Luego, poco a poco, iré recobrando los artículos dedicados a la belleza y los instalaré en sus lugares habituales. Compraré tres grandes secadoras de pelo, un nuevo carrito para los cosméticos y decenas de ganchos y horquillas. Una vez que los huéspedes hayan muerto, arrojaré los colchones y los catres a un basural. También las bacinicas y la vajilla de fierro enlozado donde sirvo las sopas. A alguien interesado le venderé la lavadora industrial que nos donaron el mes pasado. No lo hago por falta de dinero, sino para no levantar sospechas arrojándola a un descampado así porque sí. Es curioso, pero nunca a nivel económico el negocio fue más floreciente como cuando el salón de belleza se convirtió en un Moridero. Entre las donaciones, las herencias de los fallecidos y los aportes de los familiares, logré reunir un buen capital. Así que por ese lado no tendré problemas para realizar los cambios.

Uno de los hechos que me entusiasman con el final del Moridero, es que nuevamente los acuarios tendrán su pasado esplendor. He pensado muy cuidadosamente los pasos a seguir. Primero me desharía, sin ninguna clase de remordimiento, de la pecera que contiene la última generación de Guppys. La arrojaría al mismo descampado donde irían destinadas las bacinicas y la vajilla. Será muy fácil verter la pecera y ver cómo los peces se asfixiarán hasta morir en aquel terreno agreste. Incluso una vez que estuviera ausente el agua verde, podría recuperar la pecera y llenarla nuevamente para ponerle los peces especiales que tengo en mente comprar. Pero no, he pensado que dejaría la pecera intacta en medio del campo. Incluso echaría agua nueva para oxigenar el ambiente. Les pondría la comida justa para varios días y después desaparecería. Dejaría los peces a la mano de Dios. Tal vez algún perro metería el hocico en las aguas, o quizá algún mendigo la encontraría. Lo

más probable era que algún traficante de basura se tropezara con ella. Seguro que se sorprendería por lo extraño de su hallazgo. Entonces arrojaría el agua y los peces para luego llevar el acuario a venderlo. Para ese entonces, en el salón estarían las nuevas peceras junto a los flamantes implementos para la belleza. No habría clientas, el único cliente del salón sería yo. Yo solo, muriéndome en medio del decorado. De vez en cuando, haría acopio de mis fuerzas para llegar hasta el lavatorio donde mojaría mi pelo para después meter la cabeza en una de las secadoras. Todo lo haría a puertas cerradas. No le abriría a nadie. Ni a los nuevos huéspedes, cuyas súplicas era muy probable que atravesaran el espesor de las paredes. Tampoco a los amantes nocturnos, quienes tocarían las puertas desesperados al no poder aceptar que la muerte había sido implacable con el objeto del deseo. Quizá también vendrían hasta el local los miembros de las instituciones que hacían de la ayuda un modo de vida. Entre ellos estarían las Hermanas de la Caridad y los empleados de las asociaciones sin fines de lucro. Yo me quedaría muy callado y trataría de no hacer el mínimo ruido. Lo más seguro era que a los pocos días sospecharan de que algo extraño ocurría dentro y es muy probable que derribaran la puerta. Entonces me encontrarían: muerto pero rodeado del pasado esplendor.

Estas son ideas sueltas que tal vez nunca ponga en práctica. Es demasiado difícil saber cuál será el rumbo que tome mi enfermedad. También se hace complicado el cálculo del tiempo. Lo más lógico es pensar que necesite de alguien a mi lado para que me asista en los momentos finales. Sería inútil dismantelar este lugar que tiene todo destinado para la agonía. Incluso la decoración, con la pecera del agua verde, es la más adecuada para convertirse en la última imagen de cualquier moribundo. Nada podré hacer para librarme de las Hermanas de la Caridad. Lo más seguro es que tomen las riendas sin que yo mismo me dé cuenta del momento exacto en que esto ocurra. Es posible también que mientras yo esté en el último trance, acepten nuevos huéspedes sin consultarme. No harán caso a mis reglas y consentirán mujeres en el local. Las escucharé gemir y aquel será un sonido nuevo y desesperante para mí. Todas las intenciones se torcerán. Lo que antes fue un lugar destinado para la belleza, se convertirá solamente en un simple lugar que una vez estuvo destinado para la belleza y ahora lo es para la muerte. No verán nada de mi trabajo, de mi tiempo desperdiciado. Nadie conocerá de la preocupación que sentía porque todas mis clientas salieran satisfechas del salón. Ninguno conocerá el grado de ternura que me inspiró el muchacho que se dedicó al tráfico de drogas. Nadie de la angustia cuando sentía llegar a los amantes ajenos. Cuando caiga enfermo todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Cuando me pongo a pensar con mayor serenidad, siento que tal vez yo en algún momento me sentí inmortal y no supe preparar el terreno para el futuro. Este sentimiento tal vez me impidió concederme un tiempo para mí mismo. De otra manera no me explico por qué estoy tan solo en esta etapa de mi vida. Estoy convencido de que esta forma de ser es la culpable de que no cuente con nadie que me llore en las noches.

Sólo recientemente he llegado a estas conclusiones. Siento que es extraña en mí la forma como cada día mis pensamientos fluyen más de prisa. Creo que antes nunca me detenía tanto a pensar. Más bien actuaba. De esa forma conseguí durante mi juventud el dinero necesario para instalar el salón de belleza y empecé en las noches a salir vestido de mujer. Pero cuando vino todo ese asunto de la transformación del salón, se produjo un cambio. Por ejemplo, siempre pienso un par de veces antes de hacer alguna cosa. Luego analizo las posibles consecuencias. Antes no me hubiera preocupado por el futuro del Moridero tras mi desaparición. Hubiera dejado que los huéspedes se las arreglasen como pudieran. Ahora, lo único que puedo pedir es que respeten la soledad que se aproxima.



MARIO BELLATIN (Ciudad de México, México, 1960). Mario Bellatin. Mario Bellatin nació en México en 1960 y estudió cinematografía en Cuba. Por circunstancias personales, se trasladó a Perú, donde dio a conocer su obra literaria, que obtuvo una amplia difusión y varias de sus novelas fueron llevadas a la escena. Tras fijar de nuevo su residencia en México, la crítica de su país tampoco ha escatimado elogios a este singular y arriesgado narrador. Es autor de las novelas cortas *Mujeres de sal* (1986), *Canon perpetuo* (1993), *Efecto invernadero* (1996), *Damas chinas* (1998) y *Poeta ciego*, publicada por Tusquets México en 1998. Los cálidos elogios y la buena acogida de público que mereció en 1999 *Salón de belleza* ya habían sido precedidos por el reconocimiento de Alfredo Bryce Echenique, quien señaló que sus novelas, «funcionan siempre, son eficaces y sobrias».